

RECOMENDACIONES A TOMAR EN CUENTA PARA LAS POLÍTICAS DE COMBATE CONTRA LA POBREZA EXTREMA

Síntesis, Febrero 15 del 2002

Un modelo económico en que la población está compuesta por familias campesinas posesionaria de parcelas para atender sus necesidades de subsistencia; artesanos y profesionales en las zonas urbanas trabajando en los sectores formales e informales; y trabajadores por cuenta ajena que trabajaban en las zonas mineras y marítimas recibiendo el correspondiente salario y asistencia en caso de vejez o enfermedad ¡es un marco insuficiente para atender las necesidades de la población que está creciendo rápidamente!

El defecto intrínseco de ese modelo económico estriba en que el crecimiento demográfico condena a la gente a progresiva pobreza. Aparecen los insuficientes minifundios para atender las necesidades familiares; a medida que cada propietario va sucesivamente repartiendo sus tierras entre sus herederos. Todo el mundo es propietario, pero extremadamente pobre. En la Sierra se constata la pobreza del campesino posesionario de pequeñas parcelas de tierra. Si para evitar tal desenlace se prohíben la sucesiva parcelación, aparecen de inmediato gran cantidad de campesinos carente de toda propiedad. Entonces, un abismo separa a estos desheredados de gente que posee riqueza. Aquellas personas llegan a ser marginadas, cuya existencia supone grave amenaza de subversión social. Son gente sin trabajo, a quienes la sociedad no puede dar trabajo. Están condenadas de antemano al hambre y la miseria.

Es a esta gente a la que gobiernos y economistas se refieren cuando se ocupan de la pobreza. La economía de mercado y su secuela, la industrialización de todos los sectores productivos, transformaría a esa gente sin trabajo en activos asalariados. En el mercado aparece gente con mayores y menores ingresos; y no hay gente sin trabajo capaces y deseosas de trabajar, por no podérsela proporcionar la sociedad. En el país millones de peruanos viven al borde de la muerte por hambre. Estos son pobres, verdaderos indigentes; seres supernumerosos, incapaces de mantenerse a sí mismos y latente amenaza para una “minoría” poseedora de “grandes fortunas”.

No es la economía de mercado responsable de la miseria de esta gente sino es la ausencia de la economía de mercado la que ocasiona tan tristes situaciones. Lo malo de Perú es que, en comparación con Chile, hay muy poco capital por persona. Las ideas populistas y el correspondiente modelo económico imperante impide la aparición de nuevos empresarios deseosos de conseguir ganancias. La acumulación de capital es casi nula, prevaleciendo por todas partes una xenofobia que prohíbe la entrada de capitales extranjeros. La población en el país aumenta más a prisa que el capital.

No se puede culpar totalmente a los países ricos de nuestra pobreza. Los países ricos invirtiendo grandes sumas, hicieron cuanto estaba en sus manos por tratar de elevar el nivel de vida de los peruanos (sin ellos mismos proponérselo directamente). No es culpa de los países ricos si el país rechaza la economía de mercado y prefiere seguir apegados a sus tradicionales modelos populistas.

Esa pobreza que se produce bajo una economía estatizada desaparece en cuanto se instaaura un sistema de mercado. Entonces, el aumento de la población, supone disponer de adicional fuerza laboral para engendrar mayor riqueza. Quien quiera y pueda trabajar nunca será marginado. Los conflictos de Chile entre “capital” y “trabajo” a los ojos del peruano, constituyen luchas internas dentro de una misma “casta de privilegiados”. Para el obrero peruano, el obrero chileno de la agroindustria es un “aristócrata” que pertenece a ese 10% de la población mundial que goza de mayores ingresos. Los peruanos consideran que su pobreza es consecuencia del alto nivel de vida de Chile, EEUU, Japón y otros países; y del bienestar que disfruta un 12% o 15% de la población mundial. La prosperidad de estos supuestos privilegiados (dejando de lado el problema de las barreras migratorias) no viene financiada por la pobreza de los peruanos, quienes se niegan a aceptar que la única causa de esos males; radica en su repudio a la economía de mercado.

Bajo el dominio del mercado, el problema de la pobreza surge tan sólo en relación con quienes, por razones fisiológicas, no pueden ganarse la vida. Siempre ha de haber (aparte de la población infantil) personas incapaces de atender sus propias necesidades. La economía de mercado mejora el nivel de vida de la gente; proporciona mayor salud, combatiendo la enfermedad con métodos cada vez más perfectos, pero no puede evitar que haya gente incapacitada para el trabajo. Hoy, personas que antes hubieran sido inválidas por el resto de su vida; logran recobrar sus facultades y siguen llevando una vida activa; pero muchos que antes hubieran muerto pronto, a causa de enfermedades, malformaciones y accidentes; actualmente sobreviven como inválidos permanentes. La prolongación de la vida media da lugar a que vaya en aumento el número de ancianos.

La existencia en un país con un elevado porcentaje de inválidos e incapaces es prueba evidente de civilización y alto nivel de vida.

Se considera como obra caritativa; el cuidado de enfermos e impedidos carentes de familiares que les atiendan. Los correspondientes fondos pueden provenir del tesoro público, aun cuando lo más frecuente es que hayan sido aportados por organizaciones privadas. Las congregaciones religiosas han realizado en esta materia maravillas, reuniendo grandes sumas, que luego han sabido emplear correctamente. Existen también organizaciones seculares que compiten con esas congregaciones.

Pero, por doble camino se critica la caridad como sistema: *el primer supuesto defecto del sistema caritativo consiste en la escasez de los recursos disponibles. No obstante, cuanto más progresa la economía de mercado, con el consiguiente incremento de la riqueza; mayores serán los fondos caritativos. La gente: por un lado, da más cuanto mejor cubiertas están sus propias necesidades; por otro lado, al aumentar la riqueza, se reduce conjuntamente el número de los necesitados. Los ingresos del hombre medio, bajo un sistema de mercado, le permiten prevenir, mediante el ahorro o los correspondientes seguros: la vejez, enfermedades, accidentes, educación de los hijos, y la viudez u orfandad de sus seres queridos. Hay razones fundadas para suponer que los fondos de los establecimientos caritativos serían suficientes para atender los objetivos deseados; si el intervencionismo no saboteara las instituciones básicas de la economía de mercado.*

La gente no puede ahorrar y asegurar su futuro porque se lo impiden los manejos monetarios de la expansión crediticia inorgánica y la inflacionaria creación de dinero.

No menor es el daño que causa otras medidas intervencionistas a los empleados, trabajadores, profesionales y pequeños empresarios. La mayoría de los que se acogen a la caridad pública se hallan en tan triste situación a causa del actual dirigismo. Además, la inflación y el afán por reducir las tasas del interés socavan los capitales puestos a disposición de asilos, hospitales, guarderías, orfanatos, etc. Cuando el paternalismo dirigista lamenta lo escaso de los fondos caritativos disponibles deploran las consecuencias de la propia política que recomienda.

El supuesto segundo defecto del sistema caritativo consiste en que tal sistema se basa en puro sentimiento de caridad y compasión. El pobre, bajo tal sistema, carece de título legal de aquello que percibe. Subsiste a costa de personas de buen corazón, a quienes les apena la miseria de aquel pobre. Lo que el pobre obtiene es benevolente regalo que debe agradecer. Se concluye que tal condición limosnosa resulta vergonzosa y humillante, insoportable para quien sienta el más mínimo respeto por sí mismo.

Esas quejas se justifican. La caridad adolece del mismo defecto. Corrompe tanto al que da como al que recibe. El que da se autosantifica, mientras el que recibe se debilita y rebaja. Si somos conscientes de lo indigno de la limosna; es por influencia del modo de pensar dentro de la economía de mercado. Todas las relaciones humanas, fuera del mundo del intercambio de mercado y dinerario, se hallan informadas por ese espíritu de dependencia típico de la caridad. Pero es la ausencia de cordialidad y espiritualidad en el mercado lo que más indigna a los enemigos de la economía de mercado, al que acusan de insensible e indiferente. La cooperación social, bajo el signo de la propiedad privada de los factores de producción deshumaniza a los hombres. Dicen que la letra fría de los contratos mercantiles prima sobre el amor fraterno y el deseo de ayudar al prójimo. Quienes acusan a la economía de mercado de despreciar los “aspectos humanos” caen en contradicción con su propio pensamiento cuando repudian la caridad privada por basarse en sentimientos de tierna compasión.

Al surgir el sistema económico basado en vínculos contractuales, empieza a pensarse en conceder al necesitado acción legal para exigir ayuda de la sociedad.

Se dice que todos los hombres somos iguales ante Dios, con inalienable derecho a la vida. Poca virtud racional tiene el invocar la supuesta igualdad humana; cuando son las innatas desigualdades de lo que nos estamos quejando. Es triste que haya hermanos incapaces de cooperar en la vida social por inmodificables circunstancias físicas. Las inexorables leyes naturales son las únicas responsable. Nada hay que oponer a las normas de la ética y religión que nos exhortan asistir a nuestros semejantes desamparados. Sin embargo, tales normas no dicen cuál es el sistema que permita atender mejor a esos minusválidos. Trágicamente contradictorio con el objetivo que apetece; sería el objetivo que en el deseo de mejorar la suerte de los desamparados, recurriéramos a sistemas que han de poner en peligro la propia existencia social, reduciendo la productividad del trabajo. Nadie, ni capaces ni incapaces, se beneficiaría bajo un sistema que frenara la producción y redujera la suma de los bienes disponibles.

El temor a la pobreza y la aversión a vivir de la caridad ajena son sentimientos que influyen favorablemente sobre la fisiología del hombre; le estimula a que se mantenga en forma física y espiritual; le motiva a evitar enfermedades y accidentes y a procurar recuperarse con la mayor rapidez posible de cualquier daño sufrido. Las experiencias recogidas de la seguridad social evidencian los inconvenientes de adormecer o suprimir

tales incentivos humanos. Ningún país ha permitido que sus seres incapacitados perecieran sin auxilio de ningún tipo. La sustitución de la caridad privada por los servicios sociales reglamentariamente establecidos; parece contradecirse con la esencia de la naturaleza humana tal cual se nos presenta. Son consideraciones de orden práctico, las que no aconsejan conceder a la persona, legal acción para reclamar de la sociedad alimento y subsistencia.

Es iluso suponer que un sistema económico impuesto coactivamente evitaría a los pobres la humillación anexada a todo sistema caritativo. Cuanta mayor amplitud se diera a la leyes; en más casos habría de aplicarse. ¿Se reemplazaría el juicio de la persona que auxilia a su semejante (el dictado de la propia conciencia)! ¿por el juicio del funcionario estatal! Tal reemplazo no mejoraría la suerte del pobre.